

LLANTO POR UN MAESTRO ANTE LA MUERTE DE MANUEL ALVAR

Maximiano Trapero

Catedrático de Filología Española
Universidad de Las Palmas de Gran Canaria

Cuando la noticia de la muerte de una persona especialmente querida le llega a uno de sopetón, sin que nada hiciera preverla, el llanto es la respuesta inmediata que el cuerpo halla como desahogo ante lo irremediable. Así me llegó a mí la noticia de la muerte de don Manuel Alvar, el maestro actual más importante que tenía la filología española, posiblemente el último gran representante de la Escuela de Filología Española creada por Menéndez Pidal y que tuvo, en su primera generación, a nombres tan cimeros como Américo Castro, Navarro Tomás, Dámaso Alonso o Rafael Lapesa. A esa clase tan especial de intelectuales pertenecía don Manuel Alvar.

Cierto es que Manuel Alvar ha recibido en vida los reconocimientos que merecía su inmensa obra, y entre ellos, como uno de los últimos, el Doctorado «honoris causa» de nuestra Universidad de Las Palmas, pero es obligado, en el momento de su muerte, reiterar la impagable deuda que la ciencia española, en general, y la filología hispánica, en particular, tienen contraída con don Manuel Alvar. Posiblemente ninguna región española, más aún, ningún país del Mundo Hispánico, ha quedado al margen de la atención investigadora de don Manuel, fuera desde el ángulo de la dialectología, de la lengua, de la literatura o de la historia, pero es seguro que ninguna como las Islas Canarias mereció tanto su atención, y la tuvo de forma tan reiterada, y la ofreció en aspectos tan diversos. Las Islas Canarias fueron para don Manuel «sus» Islas, teniendo ese posesivo un significado de preferencia, y así lo proclamó una y otra vez, tanto dentro como fuera del Archipiélago. No es ahora el momento de citar las obras que don Manuel dedicó a las Islas, sólo que él fue quien inició los estudios científicos sobre el español que se habla en Canarias y él quien realizó el monumento más grande que hasta ahora tiene la lingüística canaria: el *Atlas lingüístico y etnográfico de las Islas Canarias* (el ALEICan).

No fue don Manuel Alvar profesor estable de ninguna de las Universidades canarias, pero estoy seguro de que todos los filólogos licenciados en Canarias y especialmente todos los investigadores del español de Canarias tenemos a don Manuel como al principal maestro. Porque maestro es quien abre caminos y sirve de guía, quien enciende luces donde antes no había sino oscuridad, quien enseña datos y saberes, pero sobre todo es maestro quien enseña con el ejemplo. Y nadie ha amado tanto su oficio, su profesión, como Manuel Alvar; nadie ha amado tanto la lengua objeto de sus estudios ni nadie ha buscado los registros todos del español, fuera en el lugar que fuera, en las aldeas más remotas y entre los hombres más humildes, como lo hizo don Manuel Alvar; y nadie tampoco ha tratado con tanta humanidad y con tanto amor a los hombres que fueron sus informantes dialectológicos. Los canarios tenemos una muestra exquisita de esto último, salida de la pluma de don Manuel, justo para mostrar la cara humana que subyace entre los infinitos datos del ALEICan: el librito se titula *Islas Afortunadas*, y recomiendo su lectura a todos, porque pocas veces, si alguna, se ha escrito con tanto amor y, a la vez, con tanto conocimiento sobre nuestras Islas, y se ha ahondado tanto en la personalidad del hombre canario.

Por lo que a mí respecta, nunca fui alumno directo de Manuel Alvar, pero siempre lo tuve por

maestro. Fui, sí, alumno de alguno de sus cursos universitarios, asistente a muchas de sus conferencias, lector de multitud de sus estudios, y admirador incondicional de su saber. Y he sido a lo largo de mi trayectoria como profesor universitario y como investigador de cuestiones varias de la filología española un proclamado seguidor de las ideas científicas de Manuel Alvar. Incluso he tenido la ocasión de ser editor de alguna de las obras más sobresalientes que Manuel Alvar dedicó a la dialectología canaria. Además, en el terreno particular, me he sentido especialmente favorecido por la persona de Manuel Alvar: él fue quien presidió el Tribunal que juzgó mi oposición a la Cátedra de Lexicología y Semántica de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, y él quien depositó en mí la confianza de los riquísimos materiales toponímicos, inéditos, que él y un equipo de sus alumnos de la Universidad Complutense recogieron en varias de nuestras Islas en los primeros años de la década de los 70.

Dios acoja en los lugares de su reino reservados para los hombres más esforzados a don Manuel Alvar, y en su infinito poder deje oír ahora la voz acordada de los ángeles a quien en vida no hizo sino tratar de interpretar la voz imperfecta de los hombres.

Que Dios le dé la recompensa que su dedicación total a la lengua mereció. La lengua: el don máspreciado que Dios concedió a los hombres.